

UN EDUCADOR INSUSTITUIBLE

FERNANDO SAVATER

La educación es una cosa demasiado seria para dejarla exclusivamente en manos de los profesores y maestros: también deben comprometerse con ella los medios de comunicación, los artistas y hasta los políticos, cuyo comportamiento público reviste más importancia formadora (o deformadora) de lo que suele creerse. Pero en especial los grandes escritores pueden cumplir una función decisiva en el terreno educativo, porque educarse es ante todo *humanizarse* de modo más pleno y son los creadores literarios quienes enriquecen hasta hacerla provechosamente compleja la humanidad que compartimos. ¿Tiene acaso la modernidad occidental mejor educador que Shakespeare?

Octavio Paz ha sido y es —los autores sobreviven en su obra— uno de los grandes educadores en lengua castellana de nuestro siglo. Lo es en primer lugar por la rara amplitud de sus conocimientos en áreas tan diversas como la historia, la antropología, las literaturas comparadas, todas las ramas de la estética, la filosofía o la teoría política, incluso las indagaciones físicas más avanzadas (fue uno de los escasos grandes poetas contemporáneos sin ignorante animadversión por las ciencias de la naturaleza). Estos conocimientos no se limitaron al área occidental porque estaba familiarizado igualmente con las doctrinas orientales, sobre todo de la India y del Japón, por no mencionar las culturas indígenas precolombinas.

Educador lo es también por lo penetrante de su claridad mental, por su capacidad de avecinar temas distintos en líneas continuas de pensamiento, por su nitidez a la hora de separar lo accesorio de lo esencial y sobre todo por su incansable vocación *comunicativa*. No es lo mismo la mera labor de transmitir informaciones, que cualquier enciclopedia o CD-Rom puede desempeñar, que la de comunicar conocimientos, es decir, ayudar a reflexionar sobre las informaciones que se nos ofrecen acercándolas a la que nos es más inteligentemente vital. Paz fue además capaz de la comunicación más difícil y exquisita de todas, la poética. Por medio de la poesía se comunica de un espíritu a otro no lo genérico y repetitivo sino lo único e irreplicable de cada vida. En el mes de diciembre en que

debía acudir a Suecia para recoger el premio Nobel, Octavio me pidió que lo sustituyera en un encuentro —celebrado en Guadalajara, México— sobre la comunicación y tuvo honrosa ocasión de hacer su elogio indirecto hablando del poeta como comunicador de lo más precioso: lo aparentemente incommunicable.

Escribir buena literatura es un logro estético, pero el oficio de intelectual es cosa ante todo moral y política. Y también como intelectual —uno de los más lúcidos de nuestro tiempo, incluso de los más *contradictoriamente* lúcidos— Octavio Paz cumplió un importante papel de educador. El intelectual ha de estar convencido del alcance *social* de su tarea, por muy íntimo que sea el empeño de escribir y la pasión de leer. Por eso Paz promovió empresas intelectuales de tan indudable alcance como la revista *Plural* y después *Vuelta*, verdaderos ejemplos de movilización de la palabra reflexiva en cuanto instrumento de análisis histórico, de estímulo literario y de resistencia moral contra las diversas formas de barbarie que se prodigan en nuestro tiempo. En efecto, tal como dijo Paz en cierta ocasión, “un escritor no debe ni puede hablar en nombre de los demás. No es el vocero de una tribu, una colectividad o un gobierno: es la voz de una conciencia particular. Una voz solitaria”. Pero esa voz solitaria que no pretende acallar ni sustituir la de los otros nunca se desentiende de ellos ni de sus problemas. Es la voz que acompaña, la que incita al pensamiento, la que apoya en su búsqueda a las otras soledades fraternas de los demás, incluso cuando los contradice o los desmiente. Sobre todo cuando los contradice o los desmiente. Por eso quienes suenan con la unanimidad de la voz de mando que los sargentos de turno denominan “colectiva” y quieren ascender a “voz del pueblo” se sienten siempre incómodos ante los intelectuales verdaderos. Les reprochan su aislamiento, o su oposición a la mayoría, o su venalidad, o su arrogancia, o... A fin de cuentas, les reprochan su *insubmisión*. Y les llaman “pseudointelectuales” porque dicen lo que ellos no quieren que las personas libres escuchen.

La mayor tentación del intelectual es convertirse en oráculo ambiguo para así contentar a los influyen-

tes de un lado y de otro, es decir para no ser de veras subversivo frente a nadie. Abundan de éstos en España como supongo que en casi todas partes, los que caen bien a la derecha a fuerza de ser declamatoriamente de izquierdas o que son venerados por la izquierda a fuerza de soltar burradas derechistas anti-sistema. Otros se refugian en lo gratificante para el grupo en el que han decidido cobijarse y se convierten en tuertos voluntarios que sólo miran por el ojo izquierdo o el derecho a la hora de denunciar la brutalidad. A este respecto, Octavio Paz educó también con el ejemplo. No aceptó los campos de concentración, ni los asesinatos patrióticos, ni las mitologías exterminadoras, viniesen de babor o de estribor. Por ello se granjeó muchas antipatías, sobre todo entre quienes antes o después se vieron obligados a darle la razón en sus denuncias pero no le per-

donaron el haberse adelantado. Desconfiemos de cualquier intelectual que no despierta abundantes indignaciones a uno y otro lado...

Su última lección puede condensarse en estas palabras que escribió hace seis años: "Los escritores de hoy tenemos que aprender, otra vez, la vieja palabra con que comenzó la literatura moderna: el monosílabo *No*. Siempre he creído que la poesía —sin excluir a la más negra, a la que brota del horror y del desastre— se resuelve siempre en una celebración de la existencia. La misión más alta de la palabra es el elogio del Ser. Pero antes hay que aprender a decir *No*. Sólo así podremos ser dignos y, tal vez, decir ese gran *Sí* con que la vida saluda diariamente al día que nace". Como tantos otros contemporáneos de lengua española, quisiera poder comenzar mi *currículum* con un orgulloso "fui educado por Octavio Paz". ◀

TODAS LAS VIDAS DE OCTAVIO PAZ

Todas las vidas de Octavio Paz se detuvieron la tarde del 19 de abril. "Todas las vidas de Octavio Paz": La expresión era de su amigo Claude Roy, de quien se habla desde ahora en copretérito, como se tendrá que hablar de Octavio Paz. ¿Cómo?

¿Cómo hacer en unos cuantos párrafos el recuento de su abundancia, resumir su generosidad, hacer el inventario de las riquezas que nos deja?" "Octavio Paz o la ternación de lo universal", decía un titular de *Le Monde* hace ya mucho tiempo.

Toda su vida conservó el ardor —inteligencia y autenticidad a la vez— que tenía cuando lo conocí. El magnífico *Labyrintho de la soledad* aún no había llegado a París, y, como él sabía de mi fascinación por México, me lo contaba. Me explicaba el fanatismo, la resignación, el silencio, la fiesta, el sufrimiento. Inscríbala sin esfuerzo ese mundo único en nuestro universal abstracto. Los círculos se han ampliado cada vez más. Lecciones de pensamiento, lecciones de historia: los procesos de Moscú explicados al caminar por la alcaldía del distrito XVI. Lecciones de poesía: siempre con su voz, escuchó a San Juan de la Cruz: "un no sé qué quedan balbuciendo." El círculo de sus amigos se hacía tan grande y tan complejo, que uno se preguntaba cómo hallaba tiempo para así mismo. *Invento al amigo que me inventa, mi semejante. El inspirado, el hombre que en verdad habla, no dice nada que sea suyo: el lenguaje habla por su boca. ¿Qué dice? El poeta Paz se interponía, prisma por el que pasaban, se desplegaban, se explicaban, los tiempos vivía, los mitos, los encuentros, el amor...poemas de mi primera época (que oscilaban entre el barroco del siglo XVII, D.H. Lawrence y cierto romanticismo alemán, además de mucho simbolismo francés y latinoamericano: el conjunto, bastante pedante y aburrido.)* Luego, el acto de purificación: el prosaísmo inglés y, tardío pero eficaz, como no lo es la gracia eficaz de los teólogos, el bautismo surrealista. ¡Y basta! (1961). Entonces llegó la sintaxis cambiada de sus años del Oriente, *Ladera este*, libro que convertía a un muy buen poeta en un gran poeta. Siempre más transparencia en la obra y en la persona.

La erudición de Octavio Paz, notada por todos los que han escrito sobre él, desmentía la advertencia de Duchamp contra el exceso de lecturas. Su curiosidad era inagotable y al mismo tiempo ligera. Cada descubrimiento, en el campo que fuera, abría un nuevo diálogo, asociaciones imprevistas. "En la condición humana, tal como nació en Auschwitz o en Hiroshima, no se puede dejar de ver el regreso del terror de la serpiente emplumada." (Alain Bosquet)

Viajero, extranjero, recorría. Era portador de mensajes, otro a través de la mirada y de la palabra. *Aspiro al ser que cambia, no a la salvación del yo.*

"Tiene razón", reconocía ese amigo de siempre, sin sorpresa, casi lamentándolo. Se equivocaba tanto menos cuanto que confesaba de buena gana sus ignorancias. No caía en las trampas. No se dejaba intimidar por el temor de "hacerle el juego a los otros". Clarividente, estaba libre de obediencias políticas y poéticas; les recordaba a los "intelectuales de izquierda" la intermitencia de su memoria. Ningún atentado contra la libertad engañaba su vigilancia. Hubo un tiempo —después de la masacre de Tlatelolco y de su dimisión— en que estuvo a la vez excluido de las publicaciones establecidas y ausente en las librerías de izquierda.

Cada uno de nosotros es sólo el fragmento de una frase y todas esas frases se inscriben en una inmensa metáfora, son las figuras de una danza. Pero no podemos ver la danza, no podemos escuchar esa palabra que es la analogía universal.

Él estaba a la escucha. Todos los que lo conocieron lo experimentaron en lo inmediato. "En la conversación del poeta estallan a cada instante lo inesperado de las imágenes y las revelaciones del inconsciente." (Claude Roy). Para obligarse a pronunciar "bien" el título francés de un cuadro de Max Ernst, "Les phases de la nuit" (las fases de la noche), había improvisado delante de mí este haikú: "Les phases de la nuit effacent l'ennui" (Las fases de la noche borran el tedio). He aquí que su presencia real se borra en la noche en que nos deja, fase dolorosa, él, tan opuesto al tedio.

MONIQUE FONG
Traducción de Aurelia Álvarez Urbajtel